

EL LENGUAJE DE LOS MUÑECOS (I)

María Colodrón Sánchez

El oficio de traducir el lenguaje de los muñecos.

Entre mis poemas favoritos de Benedetti se encuentra el ya clásico “Hagamos un trato”, aquel de “... *usted sabe/que puede contar/conmigo/no hasta dos/ o hasta diez/ sino contar/conmigo...*”. En cierta forma es lo que me gustaría hacer en este artículo: contar sobre los muñecos, contar que cuento con ellos y contar que cuando cuento con ellos, ellos me cuentan secretos y batallas y bienaventuranzas.

A veces hablo a mis alumnos sobre el debate que un día nos trajimos Peter Bourquin y servidora a propósito de si los muñecos lloraban o no. Lo cierto es que no sólo los veo llorar sino también sonreír y, no sé muy bien cómo sucede ni porqué, pero estoy convencida de que los muñecos hablan cuando se les escucha, mejor aún sin preguntarles, simplemente abiertos a la historia que tengan que contarnos.

Antes de entrar en faena me gustaría aclarar que, cuando hablo de muñecos, me refiero a un conjunto de figuras con un aspecto más o menos humano y cuyo tamaño permita su despliegue en una mesa de despacho o en una superficie similar. Aunque yo trabajo habitualmente con un set de playmobil, a veces he utilizado otro tipo de elementos como piezas de ajedrez a las que he añadido ojos de plastilina. También conozco terapeutas que trabajan con muñecos de madera, réplicas de personajes de Disney e incluso un mix de figuritas de porcelana. Para mí lo fundamental es que resulte fácil distinguir la orientación de su mirada y que su expresión sea más o menos neutra para que las proyecciones que se den a través de ellos tengan suficientes grados de libertad.

Los muñecos son una herramienta y una técnica.

Una herramienta es un mecanismo, objeto o conjunto de ellos que puede utilizarse para realizar una tarea o trabajo. Con el tiempo he llegado a considerar los muñecos como mi principal herramienta de trabajo, pues los utilizo frecuentemente como recurso tanto en las sesiones individuales de constelaciones familiares como en los procesos terapéuticos que facilito. Nunca me había dado cuenta de la gran utilidad de un martillo hasta el día que tuve que colgar un tapiz en el nuevo despacho que habíamos alquilado mi socia y yo, sin disponer de uno. Ninguno de los objetos que tenía a mi alcance podían compararse: el zapato no ejercía la suficiente presión, la grapadora era difícil de asir sin lastimarse los dedos y la esculturita de la entrada me pareció demasiado frágil para intentarlo. Finalmente lo conseguí con una piedra que busqué en el parque del barrio, aunque tardé más tiempo del que había previsto y hube de lamentar algunos daños en la pared y en mis dedos, lo que posiblemente me habría evitado si hubiera utilizado un martillo. Con el debido respeto hacia mis muñecos, para mí son un poco como un martillo: hay otros objetos y técnicas que me permitirían llevar a cabo los procesos que facilito con los muñecos, sin embargo me resultarían menos eficaces y me darían más problemas. Tendría que utilizar más recursos, más tiempo y energía, y posiblemente no alcanzaría los mismos resultados que obtengo con los muñecos.

Aludiendo a la misma comparación, igual que un martillo o una llave inglesa son sumamente útiles, también es cierto que no sirven para todo y además pueden provocar daño y destrozos si se utilizan de manera inadecuada. Si bien los muñecos me permiten técnicamente optimizar mis recursos y los del contexto terapéutico de una sesión clínica o de asesoramiento, no los utilizo para todo ni en cualquier ocasión. De la misma forma, sigo un procedimiento sistemático que me ofrezca ciertas garantías acerca de los efectos que pueda tener su uso sobre el bienestar del cliente y sobre el mío propio. Como toda herramienta, el uso que se haga de ella y los resultados que se obtengan dependen tanto del objetivo o tarea para la que se emplee como de la actitud

de quien la maneja. Es cierto que la habilidad o pericia se adquiere con la práctica: Sin embargo, personas con poca experiencia en una técnica pueden realizar excelentes trabajos con la misma pues el cuidado y respeto que se tenga al proceder será lo que garantice o facilite unos buenos resultados.

Por último subrayar que, al tratarse de una herramienta, los muñecos no constituyen un marco teórico por sí mismos. Su utilización requiere un encuadre terapéutico previo que dependerá del bagaje y de la elección del terapeuta. Ese enfoque, además de aportar una serie de recursos, guiará el objetivo a plantear y la estrategia a seguir. En mi caso, me apoyo en un marco ecléctico donde a una formación académica inicial, de corte básicamente cognitivista, se han ido añadiendo elementos teóricos y prácticos tomados de distintas escuelas, tradiciones y disciplinas. Entre ellas destacaría, además del marco de los Órdenes del Amor de Hellinger, los provenientes de la logoterapia de Frankl, del constructivismo de Kelly y de la terapia breve estratégica desarrollada a partir del trabajo de Erickson y maravillosamente divulgada por Haley y por Watzlawick.

Los muñecos me permiten realizar dos trabajos complementarios.

Con los muñecos trabajo en dos contextos diferentes y complementarios. Por una parte son el principal recurso que utilizo a la hora de encarar una sesión individual de constelaciones familiares. Aunque hay otras técnicas para ello, como los anclajes o las visualizaciones, la táctica de utilizar los muñecos como representantes del sistema que el cliente necesita constelar es, si a priori no hay circunstancias que me hagan decidir otra cosa, la primera de las opciones que elijo. Por otra parte, hay muchos terapeutas que utilizan muñecos en su trabajo cotidiano tanto con niños como con adultos. Las figuras antropomórficas son un recurso terapéutico habitual para facilitar diferentes procesos en el contexto clínico. Las figuras que representan distintos miembros de la familia (abuelos, padres, hijos) se utilizan frecuentemente como instrumento proyectivo para evaluar conflictos interpersonales pendientes. Distintos objetos y

elementos (dibujos, almohadas, telas, figuras ...) permiten tanto la exteriorización de aspectos inconscientes como la escenificación de sucesos emocionales que necesitan ser procesados y asimilados. También los muñecos pueden facilitar la tarea de reformular problemas, preocupaciones o aspectos cotidianos estresantes. De la misma manera, a través de los muñecos, se puede facilitar la rememoración de sueños y el trabajo con ellos así como el ensayo conductual o rol-playing. De hecho, antes de conocer la técnica de las Constelaciones Familiares y el marco terapéutico-existencial de los Órdenes del Amor, solía utilizarlos en la fase de valoración clínica para hacerme una idea de las dinámicas relacionales (alianzas, triadas, conflictos, juegos, mitos, introyecciones...) del sistema familiar del cliente.

En una sesión individual de constelaciones familiares tengo en cuenta si la persona que acude ha participado previamente en un taller grupal o no. Las razones por las que un cliente acude a una sesión individual son muy diversas. Algunas personas sienten que por su forma de ser o por el problema a plantear se sentirían coartadas ante otros participantes. También puede que el cliente tenga dificultades personales para hablar o participar en un grupo. En alguna ocasión, me han hecho referencia a malas experiencias previas en talleres grupales (por ejemplo, una mujer me comentó que durante su constelación ocurrieron hechos que el constelador no pudo contener; en otra ocasión un hombre me dijo que le había afectado tanto participar como representante que no había podido acudir al trabajo la semana posterior pues tardó varios días recuperarse; y más de una persona me han comentado que el constelador les había “regañado” por llorar durante una representación). Otros motivos para solicitar una sesión individual en vez de acudir a un taller grupal es no poder disponer de tiempo en fin de semana, sentir curiosidad por probar otra modalidad de trabajo, por recomendación de un amigo o de su terapeuta, para asegurarse que puede hacer su constelación, etc.

En el caso que la persona haya asistido previamente a un taller grupal le explico que es un trabajo similar pero que en vez de personas los muñecos actuarán como representantes. En general con esta explicación es suficiente.

En el caso contrario, introduzco el trabajo comentando que a través de una escenificación con los muñecos es más fácil ver aspectos ocultos o que no se han considerado previamente y que pueden estar afectando a la cuestión o problema que plantea de alguna manera. La mayoría de las personas no pone reparos a la hora de utilizar los muñecos, es más, muchas veces la tarea de elegir, colocar y observarlos les resulta una actividad gratificante y con la que se implican fácilmente.

Los procesos terapéuticos que facilito suelen tener una frecuencia semanal durante los primeros tres o seis meses y posteriormente quincenal. Este tipo de trabajo terapéutico suele iniciarse con una intervención en crisis, tras la que generalmente se plantea la necesidad de reformular la identidad (mejora del autoconcepto), de explorar narrativas alternativas (remetaforización o cambio en el guión de vida) y de construir un proyecto de vida significativo. El acompañamiento terapéutico puede prolongarse hasta tres o cuatro años aunque la duración media es de dos años. Durante este tipo de procesos puedo utilizar los muñecos ocasionalmente, aunque no siempre, en distintas fases y con distintos objetivos: evaluación inicial, valoración de necesidades, como elemento explicativo, para potenciar la capacidad empática, para entrenar la asertividad, para reformular los conflictos o problemas referidos, etc. Tampoco en este contexto suelo encontrarme oposición o resistencia al uso de los muñecos durante la sesión. Todo lo contrario, es frecuente que los clientes me demanden hacer un trabajo con ellos o refieran que hace tiempo que no los utilizamos. Alguna vez, al sugerir utilizar los muñecos de nuevo tras un trabajo previo con ellos, el cliente ha expresado temor o inquietud pues la experiencia había sido más intensa de lo que había esperado (¡no conviene subestimar el factor sorpresa de esta herramienta con apariencia naïf!).

Trabajar con muñecos es como jugar al billar a tres bandas

Muchas son las metáforas que utilizo para explicar la esencia del trabajo con muñecos y su método. A veces me comparo con un fontanero que desatasca

tuberías y limpia conductos, otras como el presentador de un circo de tres pistas que explicita los distintos números acrobáticos con redoble de tambor incluido. A veces lo comparo con una partida de ajedrez en la que ambos “contrincantes” buscan que gane el mismo jugador: el cliente. También he hecho referencia en alguna ocasión a la labor del tramoyista, quien prepara el escenario, en contraposición a la del guionista o a la del director de escena, pues considero que ese papel no es el que debe ejercer el terapeuta o facilitador aunque a veces se sienta tentado. O, incluso, me gusta la imagen del zahorí buscando los tesoros y recursos de la persona y de su sistema, esos que permanecen ocultos para si misma hasta que puede contemplarlos a través de nuestra “varilla de sauce” particular: los muñecos.

Entre todas las imágenes hay una con la que disfruto especialmente por la amplitud de sus significaciones y es la del billar. Cuando un cliente me pregunta sobre el efecto de un trabajo con muñecos sobre otros miembros de su familia, suelo referirme al juego del billar: uno sólo puede tocar su bola, pero cada vez que lo hace cambia la disposición de las bolas en la mesa y afecta de una u otra forma al desarrollo del juego.

Particularmente, el billar francés o a tres bandas es un juego para dos participantes en el que se utilizan tres bolas (por lo general blanca para un jugador, amarilla para el otro y roja para la segunda bola objetivo). Consiste en golpear tu propia bola de manera que golpee las otras dos cumpliendo la condición de que toque al menos tres veces una o más bandas antes de tocar la segunda bola contraria. De la misma manera siento que, al disponer de una imagen configurada con muñecos, el cliente, las figuras y yo debemos dialogar a través de un continuo proceso de evocación y resonancia donde cada observación, cada verbalización y cada movimiento afecta y repercute en la tres “bolas”. Cuando una persona configura una imagen con los muñecos comienza un diálogo continuo entre tres interlocutores. Primero pregunto al cliente qué evoca la imagen para él, al tiempo que me dejo sentir lo que la imagen me transmite a mí. Generalmente la imagen trae a la memoria y a la conciencia del cliente unos aspectos o elementos y a la mía otros distintos. Es

frecuente que haya algunos en común: significados encontrados a partir de un lenguaje verbal y corporal compartido (dos muñecos que se miran entre sí pueden sugerirnos a ambos que los personajes sienten atracción); elementos de una misma cultura y un determinado contexto socio-histórico (por ejemplo, si el muñeco elegido para representar al hermano es un hombre vestido de Robin Hood, a ambos nos puede venir el recuerdo de la película “El halcón y la flecha”); símbolos y arquetipos del inconsciente colectivo (si la imagen, para ambos, hace alusión al mito de Atenea como hija del padre o al arquetipo de la amazona como mujer que no se ata a un hombre); incluso sucesos o vivencias semejantes que nos permiten encontrar un reflejo en el otro (por ejemplo si ambos compartimos la experiencia de ser el mayor de varios hermanos). Cuando escucho lo que el cliente siente ante la imagen se produce un efecto en mí y en lo que la imagen me evoca. De la misma manera, cuando yo explico algo que observo en la configuración, mis palabras tienen una resonancia en el cliente y en su imagen interna. Por último, ante cualquier intervención por mínima que sea (por ejemplo cuando se hace algún cambio en la configuración, o le pido al cliente que introduzca un personaje que antes no estaba, o le indico que repita una frase sanadora), se producen cambios en los elementos implicados y, a veces, en la imagen global. Generalmente estos cambios son percibidos tanto por el cliente como por mí y tienen una resonancia en los muñecos, de manera que lo evocado por la nueva imagen difiere de lo evocado por la anterior. A veces, este efecto tiene una repercusión tan intensa que incluso personas que nunca habían trabajado antes con esta técnica refieren espontáneamente dicho cambio: “parece que mi representante está más fuerte”, “siento que mi padre me sonríe”, “es como si los muñecos se hubieran relajado al oírlo”...

Este proceso de evocación y resonancia se da de manera simultánea en los tres interlocutores: cliente, muñecos y terapeuta. Por eso creo que lo más importante, y lo más difícil, de esta técnica es estar en contacto continuo con todas las imágenes, reminiscencias, ecos y significaciones que aparecen creándose, cambiando, expandiéndose y volviéndose a transformar en un proceso abierto, dinámico y continuo a muchos niveles. Por ello es

imprescindible recogerlo en varios momentos del trabajo de forma que comprobemos que el cliente, los muñecos y nosotros como terapeutas nos encontremos con imágenes y estados vivenciales cercanos o con aspectos compartidos. Por muy claro que veamos que los muñecos están “pidiendo” un cambio en su disposición, si el cliente no lo percibe debemos esperar hasta que la imagen, nuestras observaciones o las sugerencias que le hagamos tengan eco en él. De esta manera podrá sentir el movimiento o cambio como algo natural y necesario, ya que en su propio proceso de evocación y resonancia ha llegado a percibir lo que la situación previa estaba indicando y que requerían los personajes implicados para sentirse mejor. Así el cambio, sin estar impuesto unilateralmente, adquiere sentido para el cliente en el marco de su propia imagen de solución.

Trabajando con muñecos debemos tener en cuenta, al menos, cuatro dimensiones.

Lo cierto es que no sabría definir exactamente esa cuarta dimensión pues en ella podríamos incluir la dimensión temporal, la dada por la metaposición de observador externo del sistema o incluso, como algunas voces de las terapias alternativas dictan, podría tratarse de la dimensión espiritual.

Los muñecos en el espacio de trabajo permiten reflejar de manera visual y sincrónica, en un momento dado, los Órdenes del Amor explicitados por Hellinger. Así, que un miembro del sistema del cliente se encuentre representado o no por un muñeco en la primera imagen que configure, puede darnos pistas sobre si este miembro está excluido o no. Además, las tres primeras dimensiones espaciales (longitud, anchura y profundidad) tienen un correlato en las metáforas visuales del segundo orden o el de jerarquía. En el set de playmobil que utilizo, la altura de los muñecos representa la edad: las figuras más altas suelen ser escogidas para representar adultos y las más bajas para representar niños. Esta diferencia de tamaño, de alguna manera también evoca el estatus de padre y el de hijo no emancipado. Respecto a la

profundidad, y considerando la situación del cliente como referencia, generalmente las generaciones previas se colocan detrás, más lejos del cliente, que las generaciones actuales, más cerca del cliente en la mesa o espacio de trabajo. Así, entre distintos muñecos de igual tamaño, puede diferenciarse quién es padre de quién cuando una figura se encuentra detrás de otra. En caso contrario, si el muñeco que representa al padre es un niño y el que representa al hijo es un adulto o bien, si ambos están representados por figuras adultas, pero el hijo se sitúa detrás del padre, podemos suponer que existe un desorden en cuanto a los órdenes de jerarquía y de intercambio o compensación. La figura adulta o que se sitúa detrás suele evocar la idea de un personaje que da, mientras que la figura más pequeña o que se encuentra situada delante puede remitirnos a la imagen de alguien que recibe o toma más.

Respecto a la “anchura”, y también tomando como referente la situación del cliente que observa su sistema configurado, podemos imaginar una serie de líneas paralelas que cruzan el espacio de trabajo desde el lado izquierdo hasta el derecho. Así, las figuras que se encuentran en una misma línea generacional pueden estar “ordenadas jerárquicamente” si las que representan a los miembros que llegaron antes al sistema se encuentran a la izquierda (visto desde el cliente) y las que llegaron después se van colocando hacia la derecha. Es decir, si consideramos la mesa o superficie donde colocamos los muñecos como un libro, el cliente sería el lector y necesitaría mirar de izquierda a derecha para que la secuencia de signos tuviera sentido. Por el contrario, si tomamos como referencia la situación del muñeco o representante, el que llega antes debería tener a su izquierda, al “lado de su corazón”, a los que llegan después.

Al mismo tiempo, tanto el terapeuta como el cliente se encuentran observando la configuración desde fuera del espacio representado por la mesa de trabajo. Así que nuestra mirada desde el exterior implica una cuarta dimensión donde debemos tener en cuenta varios aspectos fundamentales. Si bien se considera que una constelación es una representación atemporal de una dinámica sistémica subyacente, el cliente se encuentra viviendo un momento muy

determinado de su vida y de su proceso por lo que previsiblemente dicha configuración será distinta si se realiza en otro momento. Además se añade el hecho de que el sistema familiar es fundamentalmente dinámico: los miembros nacen, mueren, cambian de estatus y cambian la manera en que se relacionan entre ellos y también en que se relacionan con la conciencia y el alma de su sistema. Por supuesto no sólo los sistemas lo hacen, también las personas cambiamos a lo largo del tiempo a través de nuestro crecimiento y desarrollo. Cambian nuestras necesidades, nuestros deseos, nuestras prioridades y creamos o participamos en otros sistemas además del de la familia de origen. Como he comentado previamente, cambia nuestra forma de relacionarnos con los miembros de nuestro sistema de origen y con la conciencia y el alma familiar, pero también cambia la forma en que nos relacionamos con nuestra propia conciencia y nuestra propia alma. No en vano comenta Hellinger la necesidad de perder la inocencia y asumir nuestra propia culpa para poder crecer y ser adultos. Todo esto debemos tenerlo en cuenta a la hora de buscar una imagen de solución con el cliente: ¿En qué momento se encuentra? ¿Coincide su realidad cotidiana con sus necesidades? ¿Distingue deseos de necesidades? ¿Cuál es su proyecto de vida? ¿Ha asentido ya a su sistema? ¿Y a su destino? ¿Cómo se relaciona con su culpa? ¿Y con su alma? ¿Cuál es el paso que más le cuesta dar en este momento? ¿Coincide con el que necesita dar? ¿Nos estamos saltando alguno previo?

Por otra parte, nuestra situación vital como terapeutas y como personas también está afectando desde esa cuarta dimensión. No creo que podamos ser neutros ni siquiera apoyándonos en los Órdenes del Amor y de la Ayuda. Ni siquiera considero que sea un requisito o una aspiración el hecho de que nuestro momento no afecte al trabajo (todo depende de cómo afecte). Recuerdo que en una de las promociones de mi curso de muñecos no hacía más que hablar de la renuncia. No es de extrañar que coincidiera con una etapa en la que, a partir de un taller de Stephan Hausner que disfruté especialmente, todo lo solucionaba con “renunciar a lo que no me dieron” y a “lo que no soy”. Curiosamente en la siguiente promoción apenas hablé de la renuncia y todo parecía centrarse en la necesidad de “incluir la parte del cliente

que no nos necesita como terapeutas” (supongo que tenía que ver con mi necesidad de integrar los Órdenes de la Ayuda en mi práctica cotidiana). Hace poco trabajé con una mujer que había perdido a su hija de seis años y durante la sesión me sentí afectada de una manera que en otras ocasiones similares no he vivido. Puede que se debiera a que mi segunda hija acababa de cumplirlos o a que nuestro benjamín nos dio un buen susto recientemente, el caso es que se me llenaron los ojos de lágrimas y trabajé en un estado emocional muy intenso. No siento que esto perjudicara la constelación, más bien facilitó el trabajo pues pude resonar de una manera muy especial con el dolor y también con la imagen de solución.

Por último, creo que el sistema es más grande que el cliente y su voluntad y, por supuesto, que el terapeuta y su habilidad. En muchas ocasiones siento que la herramienta no son tanto mis muñecos como el cliente o yo misma, y que el alma del sistema nos “está utilizando” para honrar a un excluido, dar paz a un muerto o señalar la necesidad de que tanto dolor no sea en vano...

Cinco contextos adicionales en los que los muñecos también resultan útiles.

Además de los dos usos comentados previamente, constelar en sesión individual y como recurso durante el proceso terapéutico, los muñecos constituyen una herramienta especialmente versátil dentro de otros contextos de asesoramiento sistémico. La versatilidad de los muñecos en este sentido tiene que ver con lo práctico que resulta disponer de ellos: son muchos, fáciles de transportar y siempre “dispuestos” a trabajar. Así la posibilidad de contar con representantes para configurar un sistema o un asunto se amplía significativamente. Permiten repetir un mismo escenario en diferentes momentos o sesiones de manera que distintas personas puedan ver la imagen creada por otros (los padres pueden ver la del hijo, un supervisor la realizada por un cliente del terapeuta supervisado, etc.). También posibilitan tener a mano representantes cuando se acude a una sesión fuera del despacho o de la consulta. Por ejemplo, puedes llevarlos al aula o a la sala de profesores,

incluso ¡a un café! (más de una vez los camareros del Barbieri se quedaron boquiabiertos ante la mesa llena de muñecos, aquellas tardes de domingo en las que mis primeros alumnos y yo quedábamos para discutir sobre sistémica e improvisar supervisiones...). Finalmente, señalar que los muñecos permiten ampliar la imagen o duplicarla según conveniencia. Puedes contar con suficientes muñecos en un set para comparar visual y simultáneamente dos situaciones (familia de origen y familia actual, relación con los hermanos y relación con los compañeros del trabajo, dos grupos de alumnos...) o para representar un sistema muy amplio (recuerdo la ocasión en que representamos una Unidad de Memoria que contaba con dos geriatras, una neuróloga, una neuropsicóloga, un psiquiatra, tres enfermeros, dos auxiliares, pacientes ingresados, pacientes ambulatorios, familiares de los pacientes, un becario de investigación y cuatro alumnas en prácticas, el hospital donde se encontraba y hasta la facultad de medicina con la que se vinculaba).

En ocasiones un padre, una madre o ambos acuden a mi consulta para planearme una dificultad concreta de su hijo: no comer, tener miedo, presentar dificultades para relacionarse con compañeros de su edad, etc. En estos casos suelo utilizar un protocolo de actuación que consiste básicamente en tres sesiones independientes, con un intervalo entre ellas de una semana o dos como mucho. A la primera acude la persona que ha hecho la demanda, en ocasiones acompañada por el otro progenitor. Esta primera sesión la dedico a concretar la demanda y valorar el contexto familiar y sistémico a través de una entrevista abierta y de la realización del genograma. También pido que representen la situación con los muñecos y a partir del trabajo les doy pautas que suelen tener que ver con su relación entre ellos y/o con el hijo. En la segunda sesión veo al niño. Como los padres tienen que traerlo a consulta aprovecho para indagar sobre como van las cosas. Luego, tras contactar con el niño y preguntarle si está de acuerdo, les pido que nos dejen una hora a solas. Durante este tiempo hablo con el niño, le pregunto su opinión sobre porqué están preocupados sus padres y si hay algo que le preocupe a él. Luego jugamos con los muñecos. A partir de las imágenes creadas a lo largo del trabajo observo las similitudes y diferencias con la visión de los padres. A

veces, también doy pautas al niño que suelen tener que ver con los Órdenes en la familia o bien con el fenómeno de la intención paradójica (generalmente la prescripción del síntoma u otras intervenciones estratégicas semejantes). Por último, le pido permiso para mostrarlo a los padres en la siguiente sesión. Esto es lo que hago en la tercera sesión, represento con los muñecos la configuración que el niño realizó conmigo de manera que los padres puedan ampliar su imagen. Esto suele tener el efecto de que la demanda inicial queda reformulada y que la validez de las pautas se confirma o, por el contrario, es necesario revisarlas ampliándolas o modificándolas.

En el contexto educativo los muñecos pueden resultar enormemente útiles. Sin necesidad de constelar ni de hacer una intervención clínica propiamente dicha, los muñecos permiten explorar, ejemplificar, explicar y plantear actuaciones y dinámicas alternativas. Mi experiencia con este recurso técnico en mi labor como orientadora ha sido muy gratificante e instructiva. Con los profesores, el uso de esta herramienta me facilitó enormemente a la hora de asesorar sobre distintas posibilidades de actuación ante un niño con dificultades o un grupo conflictivo. También los utilicé para explicar a un maestro lo que le ocurría a un alumno en relación a su familia o en relación a sus compañeros. Ocasionalmente empleé los muñecos en las tutorías con los padres, bien para valorar su visión sobre un asunto, bien para transmitir una realidad vivida por su hijo en el contexto escolar. Llegué a sacarlos en alguna de las entrevistas que mantenía con los propios alumnos a demanda del tutor o suya propia. Como conclusión general puedo comentar que los muñecos me permitieron acceder a múltiples e interesantes imágenes de una realidad compleja y que me facilitó trabajar desde un enfoque sistémico sin necesidad de utilizar terminología o conceptos ajenos a las personas para las que trabajaba.

En relación al ámbito educativo y a la labor de asesoramiento familiar se ha producido un fenómeno curioso en mi consulta y es que cada vez llegan más adolescentes con la idea de hacer una sesión “de muñecos”. Llegan por mandato de los padres o por recomendación de un profesor o de algún compañero o amigo que ya ha asistido previamente a mi consulta. Supongo

que el hecho de que a priori sólo se plantee una sesión y que la utilización de “muñecos” les resulta algo curioso, llamativo o incluso esotérico (siempre recordaré la ocasión en que una chica se sentó y me dijo: “vengo a que me eches los muñecos”), hace que se animen a pedir una cita. Dudas vocacionales, dificultades con los amigos y conflictos familiares (generalmente relacionados con la “culpa de crecer”) son los temas más frecuentes. El poder verse a sí mismos y su situación a través de los muñecos suele resultarles muy ilustrativo y habitualmente no necesitan más. En algunas ocasiones repiten después de varios meses, pudiendo comprobar ambos, el cliente y yo, los cambios producidos desde la primera vez.

Cuando me consultan sobre temas organizacionales o laborales suelo emplear los mismos muñecos que para una sesión individual de constelaciones, aunque existe un set de figuras abstractas cuya “validez aparente” a la hora de realizar una sesión con un directivo o un equipo de trabajo es mayor que el de las figuras “click”. Ya que este contexto es especialidad de mi compañera Marta Ocampo y que algunos de nuestros antiguos alumnos, especial mención a Carlos Surroca, me dan “sopa con hondas” en este ámbito, sólo puedo añadir que este instrumento resulta enormemente efectivo a la hora de realizar un diagnóstico de la situación empresarial o institucional y de transmitir las posibles actuaciones para incrementar el bienestar organizacional y optimizar su funcionamiento y recursos.

Por el contrario, al llegar al contexto de la supervisión me encantaría poder contemplar, con detalle y en profundidad, todas las posibilidades que propician los muñecos en este ámbito. Sin embargo, me temo que “factores espacio-temporales” hacen más recomendable que me limite a subrayar la ayuda que ofrecen los muñecos como recurso práctico en el contexto de la supervisión (asesoramiento profesional en el que un terapeuta consulta a otros sobre sus casos clínicos con el fin seguir mejorando en su labor). Ésta es una actividad que me apasiona y en la que, por una de esas sorpresas que da la vida, he terminado especializándome como tutora de posgrado de la UNED. Quizás porque siempre me costaba ser supervisada durante los varios años que

estuve de terapeuta en el Servicio de Psicología Aplicada de la universidad, quizás porque en más de una ocasión mis compañeros han sufrido mi vehemencia crítica, he buscado un lugar cómodo para mí: algo más parecido a estar de “participante de un videoforum” que como “vigilante de un gremio”. Es en este ámbito donde más “jugo” saco a mis muñecos, tanto a la hora de ofrecer supervisión clínica como de constelaciones. Esta herramienta permite ofrecer al supervisor la imagen del caso sin necesidad de contar extensamente los detalles o pormenores. Además permite situar una figura para el terapeuta de manera que se observe su posicionamiento ante el cliente, pueda descubrir su “punto ciego” y encuentre un lugar de fuerza para trabajar con él. También permite explorar el transcurso de una constelación (cómo se configuró, qué movimientos hicieron los representantes, qué efecto tuvieron las intervenciones del constelador, etc.). Facilita el indagar sistémicamente aspectos del cliente que no está teniendo en cuenta el terapeuta y también permite buscar intervenciones alternativas teniendo en cuenta los posibles efectos a través del proceso de evocación y resonancia comentado previamente. Por último, y quizás lo más importante, permite ejemplificar los Órdenes de la Ayuda, resolviendo visualmente las posibles dificultades del terapeuta a la hora de posicionarse ante un caso o cliente. Esta manera de plantear la supervisión suele prevenir una dinámica peligrosa: intervenciones por parte del supervisor que puedan resultar excesivamente críticas, paternalistas o técnicas y que provoquen una reacción defensiva con respuestas de justificación o resistencia por parte del terapeuta, perdiendo así la oportunidad, para supervisores y supervisados, de seguir aprendiendo sobre el sentido de nuestra labor y de seguir cuestionándonos constructivamente como profesionales de la ayuda y como seres humanos.

Los tercetos del soneto.

Cuando empecé a escribir este artículo me copié los versos de Lope de Vega al comienzo del documento, aquellos de: *“Un soneto me manda hacer Violante,/ que en mi vida me he visto en tanto aprieto...”*. De manera que, una

vez que tuve la estructura elaborada, me animaba leyéndolos y comparando los epígrafes del artículo con las rimas del “Soneto de repente”: ¿estaré en *“burla burlando van los tres delante”* o habré llegado ya a *“la mitad del otro cuarteto”*? Como suelo pecar de ambiciosa, la estructura inicial contemplaba diez aspectos que me resultaban importantes o sugerentes a la hora de utilizar esta herramienta. Por otra parte, también suele resultar habitual que las circunstancias me obliguen a ser práctica y a hacer pactos con la realidad, por lo que en determinado momento decidí posponer los tercetos para mejor ocasión y centrarme en una “primera mano” de cinco dedos.

Ya que, finalmente, este artículo se reduce a los aspectos del trabajo con muñecos que han aparecido en una “primera ronda”, unos cuantos temas se han quedado en el tintero. Tal y como suelo recomendar a mis alumnos a la hora de encarar una sesión con muñecos, me he guardado alguna que otra carta bajo la manga. De este modo, si terminara “echando una segunda mano”, me quedaría por contar desde los seis casos prácticos para ejemplificar el procedimiento hasta las diez sugerencias bibliográficas que se me antojan imprescindibles sobre el tema, pasando quizás por preguntas frecuentes de los alumnos y por similitudes y diferencias de constelar con personas o con muñecos. Y, como astutamente condensaba Michael Ende: “esa es otra historia, que deberá ser contada en otra ocasión”.

© María Colodrón Sánchez 2009

Publicado en Ecos Boletín nº25

Septiembre 2009